

**Nicolás Rosa, *La letra argentina. Crítica 1970-2002*
Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2003, 221 páginas.**

La letra argentina es una recopilación que abarca treinta años de producción de Nicolás Rosa, trabajos que, como él mismo los define, son “ensayos, críticas, pensares, que revelan una extensa diacronía, casi una vida de escritura”. Pero, ¿qué significa en este contexto una vida de escritura? Significa en primer término que, para quien los ofrece, se inscriben en la dialéctica entre el destino y el sentido de la existencia, en la tensión nunca abolida entre la vida y la escritura.

Los ensayos, precedidos de un prólogo y seguidos de un postfacio del autor, han sido corregidos y ordenados. De modo que el texto puede ser leído de varias formas. En primer lugar como la trayectoria crítica y escrituraria de Nicolás Rosa, a través de la cual pueden seguirse los vaivenes de la crítica argentina de los últimos 30 años, con sus idas y venidas en relación con modelos teórico críticos como el estructuralismo, el posestructuralismo, un psicoanálisis vernáculo, entre otros, hasta llegar a una soltura definitivamente ensayística, en el mejor de los sentidos de la palabra “ensayo”.

Puede leerse también y como al sesgo una historia de la literatura argentina a través de los momentos, las formaciones y los autores clave por los que van transcurriendo los análisis críticos: hay ensayos dedicados a Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Viñas, Arlt, *Sur*, Cortázar, Bioy Casares, Néstor Sánchez, Borges, Arturo Carrera, Osvaldo Lamborghini.

Pero es sobre todo una aventura del pensamiento y de la escritura lo que constituye la unidad profunda de este texto: escrito al límite, en los bordes de la ficción y de la crítica, de la reflexión y el puro placer por la palabra, entre la teoría literaria y la crítica, entre la literatura y su doble, el texto se quiere, siempre, literario. Lo que quiere decir que es un texto que todo el tiempo habla su propio lenguaje, un texto que apuesta a persuadir, pero más que nada invita al placer y pretende fascinar desde su materialidad.

Por eso no se trata aquí de cantidades cuantificables de información, no es un texto del que se puedan extraer citas adecuadas para un trabajo académico ulterior: del lado de la experiencia, la experiencia de lectura de un lector experto, Nicolás Rosa, que busca expandirse y compartirse, quiere constituirse a su vez en experiencia. Por eso, si en los casos en que uno conoce a la perfección aquello de lo que habla es posible distinguir con toda claridad los momentos o tonos o juegos de la voz (desde la ironía al pastiche, a la agudeza crítica que es casi una iluminación en tanto crea un instrumento de lectura), en otros casos el recorrido por las palabras, cuyo sentido puede escaparse u oscurecerse, incita permanentemente a una reflexión metateórica. Lo que Rosa predica de un autor o un texto está siempre atravesado por una reflexión profunda de la literatura, o mejor, de lo literario, una reflexión que se presenta bajo la forma de destellos, de juegos de claroscuros fragmentarios y cambiantes como reverberos. Esta configuración verbal, a modo de pinceladas gruesas, en que se apunta como al pasar una idea antes de que se escape, y después se abandona, hace del texto un cofre de sorpresas, una caja de Pandora o una bota de Navidad. Porque esos fragmentos de pensamiento son regalos otorgados al lector o escucha como invitaciones a seguir su propio camino. Por eso, si hay algo de didáctico en estas lecciones es un didactismo socrático que no pretende ni permite crear una escuela o una estela de discípulos.

No es sólo porque elige muchas veces leer “las escrituras silenciadas”, sino sobre todo porque lo que propone es otra manera de leer, es una lectura desde un lugar siempre otro que no puede menos que reivindicar “la ortofonía abyecta del otro como oreja: sólo escucha lo que quiere oír”.

A través de las constantes que aparecen en los diversos ensayos, constantes que tienen que ver con una atención al detalle, con un discreto apego a cierto tipo de valores o categorías como la irrisión, lo grotesco, lo cómico, la frustración, lo que se deja ver es también una pasión de la literatura: el sujeto que escribe escribe en estado de fascinación (ahí donde el sujeto se aniquila en el objeto), lo que no quita ni verdad ni posibilidad de conocimiento, sino que otorga certeza a lo que se dice: la fuerza del pensamiento que está ahí y comparece con su objeto. Dice todo el tiempo: leer, leer; por eso los puntos de partida de la lectura son, a la vez que profundamente originales e imaginativos, profundamente rigurosos. Así, si a veces es por el tironeo de lo teórico que la lectura se desprende, como en el memorable ensayo sobre Osvaldo Lamborghini, otras veces surge de una profunda experiencia de lectura, una lectura vivida y revivida, como el bloque de infancia que inevitablemente desata la poética de Arturo Carrera y que Rosa expande en artículo analítico gozoso.

Lo que se destaca entonces es la potencia de la lectura como única arma en la medida en que no hay lectura sin interpretación, no hay interpretación sin un lenguaje que es ya una interpretación. Entre esta lectura poderosa, esta escritura poderosa y sus interpretaciones es que se trama la letra argentina para los lectores, para los escritores, de la literatura argentina, de la cual la de Rosa forma una singularidad propia. Si se quiso escritor, además de excéntrico, outsider, piedra de escándalo, lo logró, pero logró Rosa sobre

todo, no se puede negar, lo que un auténtico escritor ansía: poseer (o dejarse poseer por) un estilo. No se trata de líneas interpretativas (ideológicas), de un acervo teórico al que se apela con regularidad (Barthes siempre, Blanchot, el psicoanálisis, pero también impensadas teorías de los fractales, teoría política, teoría jurídica, entendidas siempre por este gran semiótico —en tanto que enamorado apasionado de la lengua— como teorías lingüísticas). Es sobre todo una forma de pensar que es una forma de escribir: con saltos temáticos de un párrafo al otro entre los cuales hay que buscar la conexión sutil, con frases e ideas que se anotan a veces de manera fragmentaria y que a veces se explotan hasta volverse sobre sí mismas, con una sintaxis propia, con un vocabulario, con una imagen de escritor conciente de sí mismo y muy autocrítico, con gestos lúdicos, siempre, con imaginación. Configura así algo que podría llamarse el neobarroso del ensayo o de la ficción crítica, el neobarroso del pensamiento de la literatura argentina, del que dan prueba los juegos fónicos que aquí, tanto como en el neobarroso poético, a la vez divierten, invitan a la reflexión, hablan del texto de referencia, hablan de la lengua que trama la escritura y que unen “un saber teórico, una experiencia técnica y un saber de la escritura”.¹

Alguna vez Nicolás Rosa se definió a sí mismo,² en un contrapunto que perfiló con la figura de Noé Jitrik, como un excéntrico, un insensato, un esotérico, un descarriado, pero sobre todo, como alguien que escribe: escribe para saber, critica para entender, y por eso se congratula en la errancia. Estos ensayos confirman que no era errada su percepción de sí mismo como escritor. No se equivoca tampoco aquí cuando se lee a sí mismo en el postfacio. De modo que conviene anteceder sus palabras finales y leer todo el texto como lo que fue esta trayectoria escrituraria, desde el inicio hasta ahora, y a contrapelo de lo que el mismo Rosa dice creer: un ejercicio del pensamiento, del lado de la provocación, pero sobre todo del lado de la irrisión, en el más puro sentido lamborghiniano, que proponía devolver, aquello que se recibe, distorsionado. Porque es en esa grieta donde la tarea intelectual de Rosa, singular, proteica e ingeniosa, encuentra su modo de volverse política.

Anahí Mallol

¹ Rosa, Nicolás. “Crítica de la razón crítica”, en Vázquez, María Celia y Pastormerlo, Sergio (comp.). *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 21.

² *Ibid.*